



Acta Comportamentalia: Revista Latina de

Análisis de Comportamiento

ISSN: 0188-8145

eribes@uv.mx

Universidad Veracruzana

México

Ribes Iñesta, Emilio

¿QUÉ ES LO QUE SE DEBE MEDIR EN PSICOLOGÍA? LA CUESTIÓN DE LAS DIFERENCIAS
INDIVIDUALES

Acta Comportamentalia: Revista Latina de Análisis de Comportamiento, vol. 13, núm. 1, junio, 2005,
pp. 37-52

Universidad Veracruzana
Veracruz, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=274520138004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Qué es lo que se debe medir en psicología? La cuestión de las diferencias individuales

(What should be measured in psychology? The issue of individual differences)

Emilio Ribes Iñesta*

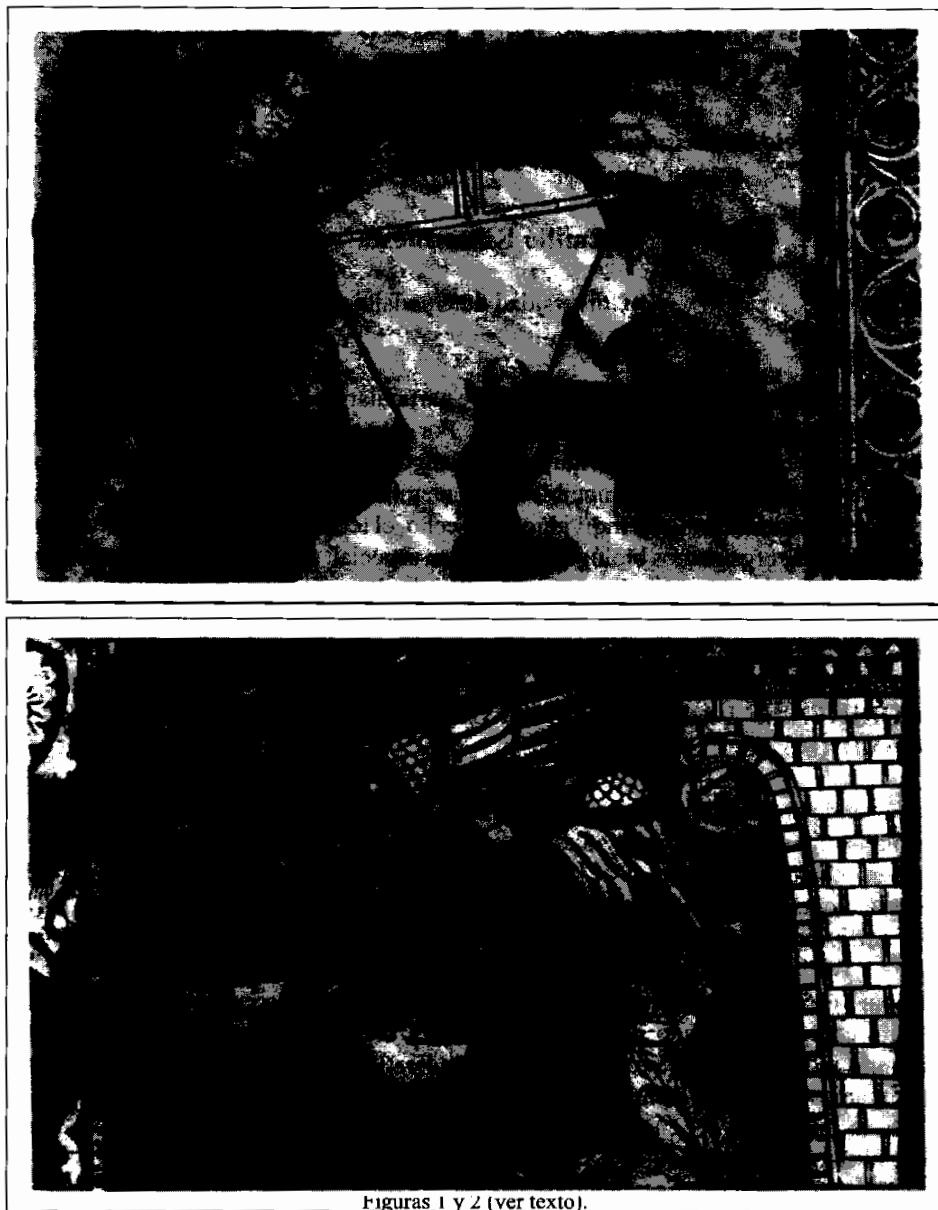
Universidad de Guadalajara

El concepto de individuo está vinculado al de particularidad. La raíz latina de la palabra *individuo* (*individuus*) significa *indivisible*. Por ello, es imposible pensar en un individuo divisible. La idea de individuo trae consigo la de un todo no fraccionable, en la que cada una de las partes reconocibles tiene un mismo sello particular, lo que las hace siempre ser partes de solo un individuo. De hecho, el término se aplica exclusivamente para identificar organismos biológicos y, muy en especial, a seres humanos particulares. Quizá por ello, la idea de individuo va unida a la de unicidad o irrepetibilidad. Cada individuo, en tanto tal, es único, y su singularidad es identificable en todas y cada una de sus partes y acciones.

EL ORIGEN DE LA MEDICIÓN DE LAS DIFERENCIAS INDIVIDUALES

Aun cuando el interés sistemático por las diferencias individuales puede remontarse a los planteamientos vinculados a la selección natural por la teoría de la evolución, ya se pueden encontrar testimonios de la preocupación por medir o evaluar la individualidad y sus acciones en las representaciones pictóricas de la *psicostasis* de los siglos XIII y XIV (atribuidas al Maestro de Soriguerola), en las que San Miguel sopesa las almas frente a Lucifer para determinar su destino final (ver figuras 1 y 2). La propuesta de Darwin (1859, 1871) de que la evolución podía explicarse con base en la selección natural como el resultado de la supervivencia y reproducción sexual del más apto, estimuló la búsqueda de procedimientos e indicadores que permitieran identificar a los organismos que se comportaran “hasta lo apto” (*ad-aptum*): la *adaptación* (*apt*o y *adapt*o provienen del latín *aptum*, que significa riqueza, grandeza, alteza o nobleza -este último término implicando habilidad, gracia y conocimiento).

*Dirigir toda correspondencia al autor a: Centro de Estudios e Investigaciones en Comportamiento. Apartado Postal 5-374, 45040 Zapopan, (Méjico) Correo electrónico: ribes@cencar.udg.mx



Figuras 1 y 2 (ver texto).

Es incuestionable que la psicología, cual fuere su paradigma ontológico, es una

disciplina que define la *individualidad* como dimensión analítica (Ribes, 2000). Por ello, no tiene nada de extraño que, bajo el influjo de la teoría de la evolución, los psicólogos de finales del siglo XIX e inicios del XX, dedicados tanto al comportamiento animal como al humano, se interesaran en el significado y medición de las diferencias individuales. El estudio de las diferencias individuales abarcó dimensiones muy diversas: el análisis de la llamada inteligencia animal, los umbrales psicofísicos y tiempos de reacción, el reconocimiento de temperamentos, la identificación temprana de tendencias de comportamiento, la medición de las capacidades y destrezas, la evaluación y predicción del rendimiento y la clasificación del carácter y/o personalidad. Todas ellas, en forma contrastada, constituyeron distintas métricas de lo psicológico.

Los estudiosos de la inteligencia animal concentraron sus esfuerzos en conocer los procesos generales de aprendizaje y solución de problemas responsables de la adaptación (Morgan, 1894; Romanes, 1882; Thorndike, 1911; Watson, 1913), considerando que las diferencias individuales eran el resultado de la variación en la historia de cada organismo, de los cambios y propiedades del ambiente, así como de diferencias innatas individuales y de la especie. Las diferencias entre individuos y especies podrían entenderse a partir de la identificación de constantes empíricas como componentes esenciales de ecuaciones, cuyas formas representarían leyes conductuales idénticas para individuos y especies (Hull, 1945).

En cambio, los estudiosos de la conducta humana se centraron directamente en las diferencias individuales como el problema principal de conocimiento. Un supuesto general de todos estos estudios era que la variaciones entre individuos se debían a factores o variables intrínsecas, de naturaleza hereditaria o constitucional, a las que las variables vinculadas a la experiencia solamente magnificaban o reducían en su expresión como comportamiento. Por un lado, se encuentran aquellas tipologías biopsicológicas, basadas en la identificación de factores morfológicos o funcionales constitucionales del organismo, que determinaban formas de reactividad fisiológica y psicológica especiales. Entre estas tipologías del temperamento y la personalidad destacan las de Kretschmer (1921), Pavlov (1935), Sheldon (1944), Eysenck (1947) y Teplov (1955). Por otro lado, se encuentran aquellas aproximaciones a las diferencias individuales centradas en el concepto de inteligencia como un factor mental heredable, aunque parcialmente potenciable por el aprendizaje. Galton (1869) y Cattell (1890) fueron indudablemente los fundadores de esta perspectiva. El primero, hizo énfasis en la herencia de la inteligencia, mientras que el segundo diseñó los primeros *tests* mentales. Las mediciones iniciales de la inteligencia se derivaron de medidas psicofísicas: tiempos de reacción y discriminación de estímulos. Los continuadores de esta tradición, entre los que destacan Spearman (1904), Binet y Simon (1913), Terman (1916),

Yerkes (1921), Stern (1938), Guilford (1936), Thurstone (1945) y Wechsler (1958), emplearon pruebas de rendimiento y propusieron el factor general de inteligencia, las primeras pruebas de inteligencia normalizadas, las pruebas no verbales, el concepto de cociente intelectual y las pruebas multifactoriales, respectivamente.

Sin comprometerse con una postura biologicista, surgieron distintas perspectivas para conceptualizar y evaluar la personalidad de los individuos, utilizando pruebas no estructuradas, cuestionarios y pruebas estructuradas psicométricamente. Los fundamentos teóricos de sus métodos de evaluación fueron igualmente diversos: la teoría psicoanalítica, la teoría personalista, y la teoría estadística de la multivariación de los factores. De alguna manera, todas estas perspectivas asumieron tipos de caracteres o rasgos en los que era posible clasificar a cada individuo, a pesar de la singularidad de sus ajustes particulares. Destacan en este contexto las aportaciones de Morgan y Murray (1935), Allport (1937) y Cattell (1966).

LAS DIFERENCIAS INDIVIDUALES EN BIOLOGÍA Y EN PSICOLOGÍA

A pesar de que el interés por las diferencias individuales en psicología tiene su influencia más importante en la teoría de la evolución, la biología y la psicología no comparten los mismos motivos ni perspectivas. ¿Por qué es importante estudiar las diferencias individuales?

En biología y biomedicina, el estudio de las diferencias individuales contempla tres problemas fundamentales. El primero tiene que ver con el *origen* de las diferencias individuales entre organismos y entre especies (Dobzhansky, 1962). La unicidad de cada organismo (y las mutaciones entre especies) constituye(n) el resultado de las variaciones genéticas de los ancestros directos inmediatos y mediatos. El estudio inicial de Mendel (Klare, 2001) sobre las combinaciones de características del guisante, ampliado después con el modelo de la mosca de la fruta, la *Drosophila melanogaster*, de Morgan (1914), permitió identificar reglas de transmisión de caracteres individuales en poblaciones con una determinada dotación genética. El descubrimiento posterior por Watson y Crik (Watson, 2001) de la estructura molecular del ADN de la célula y la identificación del mapa genómico (Lander, 1996), han convertido a las diferencias individuales en un indicador o medida del resultado de los procesos bioquímicos vinculados con la transmisión y mutación de los caracteres biológicos de los organismos individuales. El segundo problema tiene que ver con la modificabilidad fenotípica de ciertas manifestaciones funcionales de los caracteres de los organismos individuales y de la especie. El análisis de los cambios en patrones conductuales o características biológicas inducidas por cambios ecológicos y/o ambientales permite evaluar la plasticidad fenotípica de individuos y especies en su ajuste a cambios de *habitat* (Thorpe, 1956). En

tercer lugar, la biomedicina, aplica estos conocimientos de proceso a la identificación de indicadores individuales predictores de procesos inmunológicos y predisposiciones genéticas diversas y su resultado en la condición de salud (Weiss, 1993).

En psicología, en cambio, la medición de las diferencias individuales se ha convertido en un objeto de conocimiento *per se*. Independientemente de la confusión conceptual que entraña la discusión sobre la "heredabilidad" de la conducta o de las funciones psicológicas (sea cual fueren), se considera que las diferencias individuales constituyen indicadores "duros" de diferencias en procesos o entidades causales del comportamiento medido. Las diferencias individuales son el resultado de las variaciones en comportamiento entre individuos en situaciones relativamente normalizadas, ya sea de tipo experimental (procedimientos psicofísicos, mediciones psicofisiológicas, o de aprendizaje y solución de problemas) o de evaluación (pruebas de rendimiento motor, académico, clínico o social). Sin embargo, la pregunta que surge de inmediato es: ¿qué tiene de particular que cada individuo muestre medidas de respuesta distintas a las de otros en una misma situación? Ninguna ciencia empírica tiene como objeto de conocimiento las diferencias entre entidades y eventos y mucho menos cuando estas diferencias se identifican con entidades y eventos concretos. El conocimiento de las ciencias se basa en la abstracción de propiedades generales compartidas por entidades y eventos concretos, y nunca en el estudio directo, *per se*, de las propiedades de acontecimientos y entidades particulares. La ciencia no estudia particulares.

Aunque pueden observarse diferencias en la reactividad de los individuos desde el nacimiento, no existen pruebas de que dichas diferencias iniciales sean *inevitablemente* determinantes del desarrollo ulterior de diversas funciones o rasgos conductuales.¹ Considerando que la conducta es un factor fenotípico, se puede suponer que el desarrollo psicológico se inicia a partir de la gestación (Kuo, 1967), primero bajo el influjo del ambiente prenatal y, posteriormente, con base en el intercambio permanente con el medio ambiente físico, ecológico y sociocultural (en el caso del ser humano). Las diferencias individuales en comportamiento deben concebirse como el resultado de los cursos particulares de desarrollo de cada organismo o persona. Para dar cuenta de las diferencias individuales es necesario ubicarlas como la resultante de la interacción continua y sistemática de las acciones del organismo en relación a diversas clases de variables ambientales. Sin embargo, se tiene que distinguir entre desarrollo e individuación psicológicos (Ribes, 1996).

¹A partir de observaciones de la conducta en el primer día de nacidos de mis hijos, puedo cuestionar que las diferencias de reactividad inicial no solo no son necesariamente predictivas del desarrollo posterior, sino que pueden invertirse. El mayor de mis hijos, que en el primer día de nacido se desplazó solo, volteándose en la cama, y que comenzó a caminar a los 11 meses resultó ser más tranquilo y relajado que mi hijo menor, muy inquieto, a pesar de que no mostró ser especialmente activo al nacer y de que empezó a caminar a los 15 meses.

El desarrollo psicológico es el dominio de la evolución u ontogenia de la conducta. El desarrollo debe analizarse en términos de la interacción de procesos genéricos a lo largo y a través del tiempo, tal como se relacionan con los criterios, conductas y circunstancias significativas desde un punto de vista ecológico y social. Desde esta perspectiva, el estudio del desarrollo examina cómo los procesos generales, enmarcados en la especificidad de un medio y de ambientes determinados ecológica y culturalmente, influyen en la adquisición y transformación de competencias conductuales por todos y cada uno de los individuos. La individuación, por su parte, tiene que ver con la *biografía* reactiva (Kantor, 1924-1926) del individuo, y se refiere a cómo los procesos y condiciones únicas de un organismo (una persona en el caso humano) singular interactúan y convergen con el fin de producir consistencias individuales (en las que la conducta del propio organismo o persona es el criterio de comparación) que, al contrastarse con las biografías de otros conespecíficos, resultan en diferencias individuales. La individuación, por consiguiente, representa una constancia intra-sujeto en el comportamiento, que se traduce, por necesidad, en diferencias entre sujetos. Mientras que la individuación es una *resultante* del desarrollo, las diferencias individuales en competencias diversas que surgen en el *transcurso* del desarrollo, constituyen efectos de la convergencia variante de procesos y son definitorias por sí mismas de la asimetría en el desarrollo. El desarrollo de competencias en un dominio funcional determinado (Vg., competencias lingüísticas) no se acompaña necesariamente de un desarrollo equivalente en otro dominio distinto (Vg., competencias motrices). Tanto la individuación como la asimetría en competencias son fenómenos a ser explicados a partir de la historia interactiva comprendida en la ontogenia del comportamiento. Sin embargo, las funciones que representan ambos fenómenos son distintas.

DE CAPACIDADES Y ESTILOS

Las competencias, como indicadores de capacidades intelectuales, constituyen siempre conjuntos diversos de comportamiento ajustados a la satisfacción de un criterio, en términos del tipo de actividad y sus resultados o productos (Ribes, 1981, 1989). Recientemente, el concepto de inteligencia, se ha empleado como un concepto "síntesis" de las funciones y/o procesos cognoscitivos (Gardner, 1983, Sternberg, 1988). Las diferencias individuales en inteligencia son siempre diferencias entre individuos de una misma población o de poblaciones distintas. La teoría subyacente supone que la o las capacidades medidas se distribuyen de manera normal en una población determinada. Cada individuo tiene o posee un proporción distinta de la capacidad evaluada, y la proporción media de la capacidad es siempre mayor que las proporciones baja o elevada de la misma. No es extraño que el término *capacidad* se derive del latín *ca-*

pax, ácis, que significa *que contiene o que tiene mucha cabida*. Las capacidades son a manera de contenedores de formas de desempeño. No existen criterios independientes para determinar el significado en una medida particular respecto de una competencia o capacidad en un solo individuo. Tampoco existen razones teóricas sólidas que justifiquen la proposición o postulación de distintos contenedores del comportamiento potencial efectivo. La medición de diferencias individuales en capacidad son útiles como comparaciones de las distribuciones poblacionales del desempeño o rendimiento en una situación normalizada. Sin embargo, dichas medidas poco nos dicen acerca de los procesos psicológicos (o conductuales) involucrados, dado que su validez descansa en los supuestos bajo los cuales se construye el instrumento normalizado de medición, y poco podemos inferir acerca de las historias particulares que determinaron las características del desempeño evaluado.

El caso de la medición de las diferencias individuales en personalidad es distinto. El término *personalidad* proviene del latín -de origen etrusco- *persona*, que significa *máscara de actor* y, posteriormente, *individuo de la raza humana*. El concepto de persona es introducido formalmente en la psicología conductual por Mead (1934-1973), quien afirma que:

La persona posee un carácter distinto del organismo fisiológico propiamente dicho. La persona es algo que tiene desarrollo; no está presente inicialmente, en el nacimiento, sino que surge en el proceso de la experiencia y la actividad sociales... La inteligencia de las formas inferiores de la vida animal, como gran parte de la inteligencia humana, no involucra una persona. (p.167)

Las personas, a diferencia de los individuos como tales, tienen una identidad propia, un nombre propio, y son, por consiguiente, únicos. La personalidad es el atributo funcional (o psicológico) de ser persona. Este atributo se otorga y se expresa socialmente. Es dado por los otros y se responde a él, igualmente, por los otros. La persona es social y psicológicamente única. Por ello, carece de sentido evaluar la personalidad como una dimensión poblacional que se distribuye estadísticamente de una u otra manera. La personalidad solo puede ser evaluada a partir de la singularidad funcional de la persona. La individuación psicológica del ser humano, a diferencia de la de los animales, tiene lugar como persona, y en ello radica la relevancia del problema de su génesis y evaluación.

La individuación psicológica en la forma de persona es el resultado de un proceso de naturaleza social. Lo individual solo tiene sentido socialmente, y es a partir de la diversificada red de relaciones e interacciones sociales que se conforma el individuo psicológico como persona. Solo se es persona en términos de las relaciones con otros, no solo por las características y funciones que se atribuyen socialmente, sino también

porque dichas características y funciones solo pueden emerger en la interacción configurada por un ambiente constituido por el comportamiento y criterios de ajuste de otros, también personas. Cada persona resume conductualmente una biografía única en relación a circunstancias y criterios compartidos con los demás. Desde un punto de vista psicológico (y social), toda persona comparte el mismo tipo genérico de competencias con el resto de sus iguales en una comunidad de vida. Esa es una condición *sine qua non* para poder haber vida colectiva compartida. Una cultura, como comunidad de vida, prescribe, alienta, desarrolla y reproduce capacidades *genéricas* compartidas en distintos grados por todos sus miembros. Sin esas capacidades (dentro de las cuales destaca el lenguaje) no sería posible la convivencia y el logro de las competencias para su supervivencia y evolución como comunidad específica y diferenciada. Sin embargo, puede suponerse que la unicidad de la biografía social de cada individuo imprime un sello particular a cada persona: su personalidad, como estilo o manera de interactuar con las circunstancias y criterios sociales representados por los otros. La personalidad puede concebirse como el equivalente conductual o psicológico de la estructura del ADN o, quizás mejor, como una especie de huella digital del comportamiento. La personalidad, como estilo personal de comportarse, no tiene referencia a las capacidades y competencias, aunque se conforma a lo largo de su adquisición y desarrollo. La personalidad no es el *qué* hace la persona, sino el *cómo* lo hace. Las capacidades las comparten todos los individuos y se puede comparar su desarrollo poblacionalmente, aunque las medidas obtenidas carezcan de otro valor más que el de un testimonio estadístico². En cambio, la personalidad, como estilo conductual de la persona, no tiene sentido evaluarlo poblacionalmente. El estilo es único, y por ello su medición constituye un problema de *identificación* del curso del proceso de individuación de la persona. Las diferencias entre personalidades no tienen valor comparativo desde un punto de vista poblacional y, por consiguiente, no pueden concebirse como “algo” que se tiene en mayor o menor medida.

LA MEDICIÓN DE LA PERSONALIDAD

El problema de la medición o evaluación de la personalidad no es una cuestión meramente de carácter metodológico. El problema de fondo yace en que de no poder medirse la personalidad como una dimensión definitoria de la singularidad o unicidad conductual de cada persona, el concepto mismo carece de justificación teórica. Hablar de la personalidad, como regularmente se hace (Staats, 1975), en términos de la organización dinámica de las capacidades y los diversos sistemas funcionales de un individuo, no va

²La medición de las capacidades y competencias no puede realizarse al margen o independientemente de una teoría general de procesos y del desarrollo. La teoría categoriza las dimensiones y parámetros que son pertinentes para la evaluación *criterio* de las circunstancias y logros que definen a las capacidades y competencias. No puede haber una psicometría conductual paralela o ajena a la metodología experimental y la(s) teoría(s) sustentante(s).

más allá de reconocer a la individualidad como la dimensión definitoria de lo psicológico. Constituye, por decirlo de alguna manera, un enunciado testimonial o fundacional, dependiendo de su papel en el entramado teórico. Para darle sentido conceptual al término *personalidad*, se requiere explicitar las circunstancias empíricas en que es aplicable, y la función teórica que satisface dicho concepto.

Desde un punto de vista evolutivo, el término de personalidad constituye un concepto de tipo biográfico y, por consiguiente, denota el resultado, como un corte siempre en tiempo presente, de la historia interactiva del individuo. Sin embargo, la historia interactiva abarca diversas dimensiones funcionales de la biografía del individuo. Las capacidades y motivos, conceptos vinculados a lo que se sabe hacer y a las circunstancias en que el hacer es oportuno y pertinente, forman parte también de la historia del individuo, pero se trata de una historia de transformaciones, de cambios. Nunca se puede fijar un término de antemano a lo que se puede saber hacer y a las circunstancias en que se actuará. Las diferencias en capacidades y motivos reflejan diferencias en las historias personales de los individuos, pero estas historias no están "concluidas" en cualquier momento de su medición o evaluación. Es una historia cuya conclusión tiene lugar con la desaparición física del organismo. En cambio, la personalidad, como concepto biográfico parece ser aplicable para identificar a cada individuo como resultante único y singular de su propia historia interactiva específica, y esta identificación parece poder realizarse a partir de ciertos momentos o cortes del desarrollo personal, momentos que coinciden con la definición de criterios de identidad social por parte de la comunidad.

Un individuo puede ser identificado *conductual* o *psicológicamente* como distinto a cualquier otro solo a través de su propio comportamiento (Ribes, 1990). No me refiero, sin embargo, a su comportamiento como estilo biomecánico de movimiento, que sin lugar a dudas tiene lugar, sino a su comportamiento como estilo de interacción con circunstancias sociales. Referirse a un estilo es referirse a una *manera consistente* de comportamiento. La personalidad puede concebirse como el conjunto de estilos interactivos en un mismo individuo que lo identifican psicológicamente como persona. La consistencia del estilo interativo implica que un mismo individuo debe mostrar un *perfil funcional* similar en una misma situación social en momentos distantes, o en dos variantes o circunstancias de esa misma situación social en momentos próximos. La consistencia debe mantenerse a lo largo del tiempo y entre situaciones (Mischel, 1980).

El estilo interativo, por definición, implica no solo al individuo que actúa, sino también aquello con lo que se interactúa. Siempre se interactúa en situación, y toda situación puede ser analizada, desde un punto de vista conductual, como una estructura o arreglo de condicionalidades o contingencias, de las que el propio individuo comportándose forma parte (Ribes y López, 1985). Tomando en consideración que el

estilo interactivo supone un perfil funcional individual singular, único, no tiene sentido hacer una clasificación de estilos, pues se identificarían tantos estilos como individuos fueron evaluados. La estrategia clasificatoria debe reorientarse hacia las situaciones con las que los individuos interactúan. Deben explorarse situaciones sociales, analizadas como arreglos contingenciales, que tengan propiedades genéricas, para evaluar la interacción diferencial de cada individuo con las dimensiones y parámetros funcionales que las estructuran. Desde esta perspectiva, por consiguiente, un estilo se definiría a partir de la *función* obtenida por un individuo determinado con el arreglo contingencial comprendido por una situación social dada.

En un primer escrito (Ribes y Sánchez, 1990) se plantearon una serie de situaciones sociales y los arreglos contingenciales constituyentes con el fin de explorar sistemáticamente la identificación de estilos interactivos individuales. El análisis de los arreglos contingenciales comprendidos permitió definir dichas situaciones en términos de dimensiones y parámetros manipulables experimentalmente, a diferencia de las pruebas normalizadas psicométricamente que se utilizan regularmente para la evaluación de las diferencias individuales en inteligencia y personalidad.

Los diversos arreglos contingenciales fueron propuestos de manera quasi-intuitiva, con base en tres criterios: a) que fueran situaciones vinculadas con dimensiones exploradas tradicionalmente por la psicología de la personalidad, b) que fueran situaciones sociales que pudieran ajustarse a preparaciones experimentales sin la participación de una segunda persona, y c) que fueran condiciones susceptibles de ser formuladas en términos de dimensiones y parámetros contingenciales ante las cuales correlacionar las variaciones reactivas de cada individuo. Se propusieron tentativamente doce arreglos contingenciales que, posteriormente, se han reducido a ocho por razones de pertinencia y validez de las medidas seleccionadas. Entre los arreglos propuestos destacan situaciones relacionadas con la toma de decisiones, la tendencia al riesgo, la tolerancia a la ambigüedad, la persistencia o logro, la dependencia de señales, la reducción de conflicto, y la tolerancia a la frustración, entre otros.

El estilo interactivo es un concepto anclado en la biografía individual. Las variables históricas no constituyen ocurrencias o entidades con atribuciones causales. Las variables históricas no se expresan empíricamente “a distancia”, como lo asumen incorrectamente gran parte de las psicologías que emplean conceptos relacionados con la memoria o la fijación de experiencias y características. Las variables históricas siempre se expresan “en presente”, como el contacto inicial del individuo con su ambiente en toda interacción (Kantor, 1924-1926). Desde un punto de vista lógico, las variables históricas constituyen *categorías disposicionales* (Ryle, 1949) que describen tendencias, propensiones e inclinaciones, así como colecciones de ocurrencias presentes. Las capacidades y las competencias también constituyen variables históricas, semejante a las categorías disposicionales. Sin embargo, a diferencia de las tendencias

o inclinaciones, constituyen categorías modales y episódicas, y describen posibilidades y logros en situaciones que tienen un principio y un fin. Las categorías disposicionales, en general, representan variables *probabilizadoras* de una interacción determinada y, por consiguiente, su papel teórico tiene que ver con la facilitación o interferencia de actos situacionalmente referidos. La identificación de un estilo interactivo no explica el episodio en el que participa. Da cuenta solamente de una tendencia o inclinación a interactuar de cierto modo en una situación determinada, siendo otras variables constantes. La identificación de un estilo interactivo, por consiguiente, tiene solo una función *predictiva* específica en la situación. Resta, sin embargo, explicar y entender la configuración de dicho estilo como resultado del proceso de desarrollo individual.

¿Cómo medir un estilo determinado? Sabemos que, aunque una forma de interacción previa puede alterar el "significado" funcional inicial de las variables y contingencias presentes, estas se tornan funcionalmente dominantes en el transcurso de la interacción (Morse y Kelleher, 1970). Por ello, además de estructurar una situación interactiva que se conforme a las dimensiones y parámetros de un arreglo contingencial determinado (Vg., tendencia al riesgo), es necesario considerar dos factores adicionales que "suavicen" o disminuyan el efecto de las contingencias presentes. Primero, hay que eliminar o cancelar, en la medida de lo posible, los criterios que demandan el cumplimiento de ciertos requerimientos de respuesta para producir un resultado o logro. Cuando las interacciones a ocurrir están previamente determinadas o prescritas en la situación, nos referimos a estas demandas como contingencias "cerradas". Ejemplo de ello son las ejecuciones previstas por los programas contingentes de reforzamiento y las tareas de solución de problemas. Segundo, es necesario que la situación experimental sea socialmente "neutra", es decir, se tiene que mantener la naturaleza social de la situación a la vez que esta se presenta "despersonalizada", sin otro individuo con el cual interactuar. Estas prevenciones modifican la situación social, transformándola de una contingencia "cerrada" y socialmente "orientada" en una contingencia "abierta" y socialmente "neutra". Para evaluar las tendencias interactivas del individuo, la situación debe requerir formas *no específicas* de interacción. De este modo, ante contingencias abiertas, socialmente neutras, las variables históricas se pueden manifestar sin ser distorsionadas o anuladas por demandas o criterios específicos presentes de ajuste a la situación.³

En un estudio previo (Ribes y Sánchez, 1992) se diseñó una preparación experimental interactiva involucrando las dimensiones y parámetros de la tendencia al riesgo (Atkinson y Feather, 1966). Se trató de una tarea computarizada, en que se

³El empleo de contingencias abiertas para evaluar la personalidad como variable biográfica coincide con el uso de situaciones perceptuales poco estructuradas en la pruebas proyectivas como el TAT (Morgan y Murray, 1935) y el test de Rorschach (1942).

presentaban las pantallas de dos carreras simultáneas de caballos, y en la que se podía apostar a uno de diez caballos en una sola de las dos carreras. Se manipularon diversas probabilidades y magnitudes de ganancia a lo largo de 25 sesiones de 20 minutos en días sucesivos. La tarea se estructuró como una contingencia abierta en donde no se pedía que se ganara una determinada cantidad de puntos o carreras, sino que se alentaba a los participantes solo a divertirse. Los puntos estaban distribuidos de tal manera que en cada lado se obtenía el mismo número de puntos a pesar de la diferencia de probabilidades y magnitudes. Al final se agregaron cinco sesiones para dos de los seis participantes, en las que se cerraron las contingencias pidiéndoles que identificaran bajo qué programa de reforzamiento había estado operando la tarea. Un año después, estos dos mismos participantes se expusieron a una versión modificada de la tarea, en que las variaciones de probabilidad y magnitud se realizaron intrasesión en vez de entre-sesiones. Los resultados de estos dos experimentos fueron consistentes. Mostraron que en una situación paramétricamente igual todos los participantes tuvieron desempeños diferentes, a pesar de obtener el mismo número de puntos. También se observó que al cerrar las contingencias, los dos participantes mostraron ejecuciones similares. Finalmente, al realizarse un análisis de regresión multivariada con 9 grados de libertad de las ejecuciones de los dos participantes en ambos estudios, separados por un año, se encontró que cada uno de ellos mostró una misma función -distinta para cada sujeto-, correlacionando puntos acumulados y frecuencia de cambios entre carreras. Esta función describía el perfil personal de tendencia al riesgo de cada participante.

Después de una serie de intentos experimentales poco concluyentes (Viladrich y Doval, 1998), se identificó que no se habían podido replicar los datos iniciales por emplear un solo dispositivo de respuesta (el *ratón*) para responder ante las dos opciones de carreras en la pantalla. Era necesario que la preparación computacional permitiera emitir respuestas independientes ante cada opción (carrera, etc.). Corrigiendo el dispositivo de respuesta de la preparación (se usaron teclas distintas, en reemplazo de los *joysticks* del estudio original), se replicaron los resultados del primer estudio (Ribes, Doval, Viladrich, Contreras y Martínez, en prensa) utilizando dos tareas distintas: la tradicional carrera de caballos, y una situación de inversión en la bolsa de valores. Se encontraron perfiles personales en los cuatro participantes en las ejecuciones ante la carrera de caballos con una separación de dos meses, y entre la carrera de caballos y la tarea de invertir en la bolsa de valores presentadas en sesiones sucesivas. Estos resultados son alentadores y sugieren que es plausible identificar estilos interactivos en la forma de perfiles consistentes a nivel intraindividual en tiempos y tareas diferentes. Es doblemente satisfactorio que esta posibilidad se dé en una situación interactiva en tiempo real.

CONSIDERACIONES FINALES

He argumentado que el estudio de las diferencias individuales en comportamiento *per se* carecen de interés y justificación científica. Las diferencias individuales constituyen la manifestación de diferencias en el desarrollo o evolución conductual de los individuos. Sin embargo, se pueden distinguir dos tipos de historias diferenciales: las referidas a capacidades y competencias, y las relacionadas con la personalidad como tendencia en la forma de estilo interactivo.

Las capacidades y competencias constituyen categorías episódicas, vinculadas con situaciones, criterios y logros específicos. Su evaluación se realiza bajo contingencias cerradas y, en principio, las diferencias de capacidad y competencia entre individuos se pueden eliminar mediante procedimientos que identifiquen los criterios, repertorios precursores, y las actividades y secuenciación requeridas para que se satisfagan los resultados y/o actividades requeridas (Ribes y Varela, 1994). Su estudio tiene que ver con el análisis de la *translatividad* como cambio de morfología o medio de ocurrencia de lo aprendido (intercambiabilidad de los modos lingüísticos: Gómez, 2005), y con la *transferencia* como facilitación de un nuevo aprendizaje por un aprendizaje previo (Varela y Quintana, 1995; Varela y Ribes, 2002).

Por su parte, la personalidad, como atributo psicológico de la persona, tiene que ver con la singularidad de los estilos interactivos con que cada persona entra en contacto funcional con diversas situaciones contingenciales. Su estudio se vincula con la identificación de dichas situaciones y su estructura contingencial, y con el desarrollo de preparaciones experimentales que permitan evaluar consistencias intraindividuales en tiempo y situaciones distintas. Los perfiles individuales descriptores de cada estilo tienen un valor predictivo, no explicativo, y son el resultado de la biografía personal de cada individuo. La génesis de dichas biografías es otro asunto importante de análisis experimental: el proceso de individuación psicológica.

Bajo ninguna consideración es justificable continuar investigando las capacidades y la personalidad como la distribución poblacional de diferencias individuales. Esta estrategia solo sirve propósitos sociales de clasificación y certificación, no siempre deseables.

REFERENCIAS

- Allport, G.W. (1937). *Personality: A psychological interpretation*. Nueva York: Holt, Rinerhart y Winston.
- Atkinson, J.W., y Feather, N.T. (1966). *A theory of achievement motivation*. Nueva York: John Wiley.
- Binet, A., y Simon, Th. (1913). *A method of measuring the development of the intelligence of young children*. Chicago: Chicago Medical Books.
- Cattell, J. Mc (1890). Mental tests and measurements. *Mind*, 15, 373-381.

- Cattell, R.B. (1966). *Handbook of multivariate experimental psychology*. Chicago: Rand McNally.
- Darwin, C. (1859; 1950). *On the origin of species*. Londres: Watts.
- Darwin, C. (1871). *The descent of man and selection in relation to sex*. Londres: Murray.
- Dobshansky, Th. (1962). *Mankind evolving*. New Haven: Yale University Press.
- Eysenck, H.J. (1947). *Dimensions of personality*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Galton, F. (1869). *Hereditary genious: An inquiry into its laws and consequences*. Londres.
- Gardner, H. (1983). *Frames of the mind. The theory of multiple intelligences*. Nueva York: Basic Books.
- Gómez, D.A. (2005). *Transferencia entre modos del lenguaje y niveles de interacción: observar, señalar, escuchar, hablar, leer y escribir*. Tesis doctoral. Universidad de Guadalajara.
- Guilford, J.P. (1936). *Psychometric methods*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Hull, C.L. (1945). The place of innate individual and species differences in a natural science theory of behavior. *The Psychological Review*, 52, 55-60.
- Kantor, R.J. (1924-1926). *Principles of psychology* (vols. 1 y 2). Nueva York: Alfred Knopf.
- Klare, R. (2001). *Gregor Mendel: Father of genetics*. Berkeley Hights, NJ: Enslow.
- Kuo, Z. (1967). *The dynamics of behavior: An epigenetic view*. Nueva York: Random House.
- Kretschmer, E. (1921). *Korpelbau und Charakter*. Berlin.
- Lander, E. (1996). The new genomics: global views of biology. *Science*, 274, 536-539.
- Mead, G.H. (1934-1973 traducción española). *Mind, self, and society*. Chicago: The University of Chicago Press (Espíritu, persona y sociedad. Barcelona: Paidós).
- Mischel, W. (1980). *Evaluación y personalidad*. México: Trillas.
- Morgan, C.L. (1894). *An introduction to comparative psychology*. Londres.
- Morgan, T.H. (1914). *Heredity and sex*. Nueva York: Columbia University Press.
- Morgan, C., y Murray, H.A. (1935). A method for investigating fantasies: the thematic apperception test. *Archives of Neurology & Psychiatry*, 34, 289-306.
- Morse, W.H., y Kelleher, R.T. (1970). Schedules as fundamental determinants of behavior. En W.N. Schoenfeld (Ed.), *The theory of reinforcement schedules* (pp. 139-185). Nueva York: Appleton Century Crofts.
- Pavlov, I.P. (1935-1973 traducción española). Tipos generales de actividad nerviosa superior de los animales y del hombre. En *Actividad nerviosa superior: Obras escogidas*. Barcelona: Fontanella.
- Ribes, E. (1981). Reflexiones sobre el concepto de inteligencia y su desarrollo. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 7, 107-116.
- Ribes, E. (1989). La inteligencia como comportamiento: un análisis conceptual. *Revista Mexicana Análisis de la Conducta*, 15, 51-58 (número monográfico).
- Ribes, E. (1990). La individualidad como problema psicológico: el estudio de la personalidad. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 16, 7-24 (número monográfico).
- Ribes, E. (1996). Reflexiones sobre la naturaleza de una teoría del desarrollo y su aplicación. En S.W. Bijou y E. Ribes (coords.), *El desarrollo del comportamiento* (pp. 267-282). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ribes, E. (2000). Las psicologías y la definición de sus objetos de conocimiento. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 2, 367-383.
- Ribes, E., y López, F. (1985). *Teoría de la conducta: un análisis de campo y paramétrico*. México: Trillas.
- Ribes, E., y Sánchez, S. (1990). El problema de las diferencias individuales: un análisis conceptual de la personalidad. En E. Ribes, *Problemas conceptuales en el análisis del comportamiento humano*. México: Trillas.

- Ribes, E., y Sánchez, S. (1992). Individual behavior consistencies as interactive styles: How related to personality? *The Psychological Record*, 42, 369-387.
- Ribes, E., y Varela, J. (1994). Evaluación interactiva del comportamiento inteligente: desarrollo de un instrumento computacional. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 20, 83-97.
- Ribes, E., Doval, E., Viladrich, M.C., Contreras, S., y Martínez, C. (en prensa). Individual consistencies across time and tasks: A replication of interactive styles. *The Psychological Record*.
- Romanes, G.J. (1882). *Animal intelligence*. Londres.
- Rorschach, H. (1942). *Psychodiagnostics: a diagnostic test based on perception*. Berna: Hans Huber.
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. Nueva York: Barnes & Noble.
- Sheldon, W.H. (1944). Constitutional factors in personality. En J.McV. Hunt (ed.), *Personality and the behavior disorders*. Nueva York: Ronald Press.
- Spearman, C. (1904). 'General intelligence,' objectively determined and measured. *American Journal of Psychology*, 15, 268-285.
- Staats, A.W. (1975). *Social behaviorism*. Homewood, Ill: Dorsey Press.
- Stern, W. (1938). *General psychology: From the personalistic standpoint*. Nueva York: MacMillan.
- Sternberg, R. (1988). *The triarchic mind: A new theory of human intelligence*. Nueva York: Viking Press.
- Teplov, B.M. The theory of types of higher nervous activity and psychology. *Voprosi Psichologii*, No. 1 (a).
- Termer, L.M. (1916). *The measurement of intelligence*. Boston: Houghton-Mifflin.
- Thorndike, E.L. (1911). *Animal intelligence: Experimental studies*. Nueva York: MacMillan.
- Thorpe, W.H. (1956). *Learning and instinct in animals*. Cambridge: Harvard University Press.
- Thurstone, L.L. (1945). Testing intelligence and aptitudes. *Hygeia: The Health Magazine*, 23, 32-54.
- Varela, J., y Quintana, C. (1995). Comportamiento inteligente y su transferencia. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 21, 47-66.
- Varela, J., y Ribes, E. (2002). Aprendizaje, inteligencia y educación. En E. Ribes (Coord.), *Psicología del aprendizaje* (pp. 191-203). México: El Manual Moderno.
- Viladrich, M.C., y Doval, E. (1998). ¿Estilos interactivos o la psicometría de sujeto único? *Acta Comportamentalia*, 6, 113-125 (número monográfico).
- Watson, J.B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *The Psychological Review*, 20, 158-177.
- Watson, J. D. (2001). *The double helix: A personal account of the discovery of the structure of DNA*. Nueva York: Touchstone.
- Wechsler, D. (1958). *The measurement and appraisal of adult intelligence*. Baltimore: Williams & Wilkins.
- Weiss, K.M. (1993). *Genetic variation and human disease*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Yerkes, R.M. (1921). Psychological examining in the United States Army. *Memoirs of the National Academy of Sciences*, 15, 158-166.

RESUMEN

Se examina el origen histórico del estudio de las diferencias individuales en biología y psicología. Se distingue entre individuación y asimetría en competencias. La individuación debe analizarse como consistencias intraindividuales (estilos) mientras que la asimetría competencial debe analizarse en términos de la interacción de la historia interconductual y los parámetros situacionales (capacidades). Ambos

tipos de conceptos constituyen resultantes parciales o isócronos de la ontogenia conductual y no tienen propiedades causales. En todo caso, constituyen categorías de naturaleza disposicional aplicables a diferentes tipos de circunstancia. Se argumenta que las diferencias individuales solo son del interés de la psicología, desde la perspectiva del estudio del efecto de los procesos generales en la ontogenia y la individuación conductuales.

Palabras clave: individuación, ontogenia, estilos interactivos, diferencias individuales

ABSTRACT

I examine the historical origin of the study of individual differences in biology and psychology. A distinction is made between individuation and asymmetry in competencies. Individuation should be analyzed as within-individual consistencies (styles) whereas asymmetry in competencies should be analyzed in terms of the interaction of interbehavioral history and situational parameters (capacities). Both types of concepts are partial outcomes of behavioral ontogeny and have no causal properties. These concepts correspond to dispositional categories relevant to different circumstances. Individual differences are important to psychology only from the perspective of the effects of general processes on behavioral ontogeny and individuation.

Key words: individuation, ontogeny, interactive styles, individual differences.

